

**José
Antonio
Martínez
Soler**

Cómo se gestó la Transición

La prensa libre no fue un regalo



JOSÉ ANTONIO MARTÍNEZ SOLER

**LA PRENSA LIBRE
NO FUE UN REGALO**
Cómo se gestó la transición

Marcial Pons Historia
2022

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© José Antonio Martínez Soler
© Marcial Pons, Ediciones de Historia, S. A.
San Sotero, 6 - 28037 Madrid
☎ 91 304 33 03
edicioneshistoria@marcialpons.es
ISBN: 978-84-18752-35-3
Depósito legal: M. 13.226-2022
Diseño de la cubierta: Ene Estudio Gráfico
Maquetación: Peipe, S. L.
Impresión: Artes Gráficas Huertas, S. A.
Madrid, 2022

«Voy a escribir mis memorias.
Creo que van a gustarme».

Frase atribuida a Winston Churchill (1874-1965).

«La Historia será amable conmigo
porque intentaré escribirla».

Frase de Winston Churchill (esta es auténtica).

«En respuesta a una consulta sobre la conducta que había que seguir entre los dos escollos de ser cómplices de la inmoralidad e impiedad de los príncipes o víctimas de su persecución, Ibn Hazm, tras de la crítica más mordaz de la política de sus contemporáneos, aconseja la “taqiyya” o simulación...».

Emilio García Gómez, en su introducción a *El collar de la paloma*, de Ibn Hazm (994-1063), citando a Asín, *Al-Andalus* (II, 27-46) (2004).

«Es sorprendente darse cuenta de que algunos de nuestros recuerdos más preciados pudieron nunca haber ocurrido, o pudieron haberle ocurrido a otra persona. Sospecho que muchos de mis entusiasmos e impulsos, que parecen totalmente míos, han surgido a partir de la sugestión de otros, que me han influido poderosamente, consciente o inconscientemente, y luego lo he olvidado».

Oliver Sacks, «Habla Memoria», *The New York Review of Books* (21 de febrero de 2013).

«La suerte es el motor de nuestras vidas».

Manuel Saco Cid, en un *wasap*.

Índice

	<i>Pág.</i>
Prólogo. Vidas que han estado entrelazadas, <i>por Andrés Cassinello</i>	15
Preámbulo, <i>por Manuel Saco</i>	17
PRIMERA PARTE. DICTADURA.....	21
No volver a las andadas	21
Caracortada.....	24
La primera vez que pisé Prado del Rey	31
Periodista por accidente	39
Por Machado nos molieron a palos	43
Enseñando a leer en Sierra Morena.....	49
«No existe barco que te aleje de ti» (Cavafis)	54
El 8 de enero que cambió mi vida	56
Primera lección: no hay noticia gratis.....	66
El espíritu de 1968. Sin noticias	73
El sol sale de nuevo.....	78
A lomos de Rocinante	82
«Suerte, muchacho», me dijo Suárez.....	91
La televisión llamó a mi puerta.....	96
¿Viaje de novios? A Las Hurdes.....	107
El diario nacional de una mañana.....	113
América, América.....	122

	<u>Pág.</u>
«Ruega a Dios, ella te ayudará»	127
Confinado en la isla. Todo está perdido	133
El rescate	139
«Vas a ir preso a un castillo».....	145
Una oferta que no pude rechazar	154
<i>Cambio 16</i> y «El Recorte Inglés»	160
La libertad, palabra a palabra	171
Cambio, sí; desarrollo, no	182
Sofico, desahuciado.....	191
El búnker y el equipo «colorao».....	207
El rey felón era Franco.....	225
Se fue el caimán	235
Pensé que iba a morir	249
La llamada	268
«Le protegen sus verdugos» (Novais).....	275
«Compra ventanas viejas, lo secuestran...».....	298
«Carne a las fieras»	309
Del Ejército de Franco a Harvard	322
«Conquistar corazones y mentes».....	330
A votar como si fuéramos libres	336
 SEGUNDA PARTE. DEMOCRACIA	 341
¿Contra Franco escribíamos mejor?	341
«¿Qué hace usted con mi bandera en su puerta?».....	349
Maestro y amigo en el despacho de Azaña.....	354
«El presidente tendrá que ganarse ahora su sueldo»	361
Golpe de Estado: la banca, con la democracia.....	368
Polanco: «Me han pedido tu cabeza».....	378

	<u>Pág.</u>
¿Un Gobierno de los nuestros?	382
«¡OTAN, no ¡Bases, fuera!».....	389
«Shalom, Israel». «Buenos días, Sefarad»	400
«Yo estuve allí», decimos los del <i>Buenos días</i>	415
«En la papelera no te hará ningún daño».....	422
La libertad antes que la igualdad.....	429
Ya no es pecado ganar dinero en España	434
Fuego cruzado entre el «Niño» y el «Guapo».....	446
El amo de la burra	461
Dos por el precio de uno	473
Una cura de trabajo en la tele.....	487
En 1993, en TVE, me tocó la china.....	496
«Atado con una cadena a la pata de mi mesa».....	504
Empujado por España y atraído por América.....	509
¿Quién se atreverá a preguntar a candidatos presidenciables?	517
Refugio en el «sagrado» académico	525
Me quité, al fin, la espina de <i>El Sol</i>	532
«Martínez Soler / deja de joder»	537
 EPÍLOGO	 545
Un mundo mejor y una prensa más libre.....	545
De la dictadura a la democracia.....	547
El segundero de la Historia	548
La transición como coartada.....	549
 Agradecimientos	 551
Índice de ilustraciones	553
Índice de nombres.....	557
Índice toponímico.....	567

Prólogo

Vidas que han estado entrelazadas

El periodista es un testigo que nos cuenta lo que va pasando en cada día vivido. El historiador mira hacia atrás, y su relato nos hace revivir lo que sucedió en el pasado. José Antonio, con su autobiografía, nos presenta una síntesis de ambas actitudes. Es un testigo que recuerda y narra, desde este tiempo, lo que vivió entonces y que antes recogió en sus crónicas.

Crónicas. Cronos, el dios del tiempo. Lo que va pasando y lo que pasó, fundidos en el relato. Nuestras vidas han estado entrelazadas durante muchos años sin saberlo. Conocí a su padre cuando yo era niño, y debí de conocer a su abuela muchos años antes. Su padre, Pepe el del cemento, al frente del almacén de cemento que regentaba mi tía Serafina, la persona que le prestaba los libros de su biblioteca y fomentó en él su vocación literaria.

En los años que precedieron a la transición, posiblemente nos situábamos en bandos enfrentados. Él en el SDEUM, el Sindicato Democrático de la Universidad de Madrid, como los había en las distintas universidades españolas, los que agitaban y organizaban manifestaciones, algaradas y asambleas ilegales. Mientras, yo estaba destinado en el SECED (Servicio Central de Documentación), el servicio de información de la presidencia del Gobierno, que trataba de investigar, saber e informar las razones de tanta alteración del orden académico. Pudimos conocernos porque yo establecí contacto con alguno de los miembros de esa organización clandestina para desactivar algún que otro problema académico. Además, nosotros no teníamos responsabilidades policiales, lo que nos permitía hablar, hablar y hablar con cualquiera que quisiera escucharnos.

No estábamos tan lejos sin saberlo. Posiblemente, nos pesaba la historia. Yo era lo que entonces se llamaba hijo de caído, y él era hijo de un teniente del ejército republicano, pero ese peso no coaccionaba nuestras libertades supuestamente enfrentadas.

Después él siguió en la información y yo también, él en el mundo difícil y abierto del periodismo, y yo en el mundo también difícil y reservado de los servicios de información. Creo que solo nos separaba la imagen que creíamos ver en el otro, y nos unía la búsqueda apasionada de la verdad que atenazaba a los españoles por mitades. También nos separaba la verdad alcanzada por uno y la verdad reservada del otro. Ahora, con el paso de los años, dudo de cuál era la verdad absoluta que perseguíamos, situada, posiblemente, en la bisectriz del ángulo formado entre los dos lados.

Él tuvo la visión del mundo exterior durante su estancia en Estados Unidos, como yo la tuve también durante mi permanencia como agregado a su ejército en Alemania, o en mi estancia en Fort Bragg (Carolina del Norte) asistiendo a un curso de «guerra especial» y visitando alguna de sus ciudades.

Estábamos más cerca de lo que parecía, y marchábamos hacia el encuentro sin saberlo.

Después, la transición. Él, en el gabinete de un ministro, y yo de jefe del Servicio de Información de la Presidencia del Gobierno, en contacto diario y continuo con Adolfo Suárez. Tan cerca en los orígenes, en lo emocional y en los recuerdos compartidos, y tan lejos, físicamente, el uno del otro.

Más tarde, un grupo de los que estuvimos en contacto con Adolfo Suárez, fundamos la Asociación para la Defensa de los Valores de la Transición (ADVT), de la que sus fundadores me nombraron presidente, aunque en ello jugara mi condición de teniente general del Ejército, además de la amistad compartida.

Y allí apareció José Antonio Martínez Soler, el hijo de «Pepe el del cemento», el que leía los libros de mi tía Serafina, a quien me unían, sin saberlo, recuerdos y recuerdos.

Después, las memorias de uno y otro. Leídas, discutidas, subrayadas..., y el atraco de que escriba un prólogo. Pues bien, he aquí la criatura. Por favor, sigan leyendo, se podrán enterar de muchas cosas y recordar otras tantas.

Andrés CASSINELLO PÉREZ
Teniente General E.T. 2.^a Reserva

Preámbulo

Siempre me he acercado con prevención a los libros de memorias. Como periodista, tiendo a desconfiar de la información unilateral, del relato de una sola fuente de información, y me asaltan dudas sobre la sinceridad de los motivos por los que un autor decide exponer su alma públicamente. Porque, en realidad, no hay mejor lugar para mentir con impunidad que un libro de memorias.

Algunos confiesan hacerlo como un esfuerzo para recordarse a sí mismos. Otros, para explicarse a sí mismos. Escriben para conservar en un disco duro externo su paso por la vida, antes del asalto de la desmemoria, antes de que esa tela de araña que incuba la vejez cubra de herrumbre el cerebro.

Los hay —y no son pocos— que utilizan sus memorias, que no su memoria, para recrear una vida que no tuvieron. Se inventan pasados de superhéroes o, lo que es peor, emplean sus falsos recuerdos para ajustar cuentas con sus enemigos. Como historiadores mercenarios al servicio exclusivo de la causa de su ego.

En el caso de estas memorias de José Antonio Martínez Soler (JAMS, de ahora en adelante), desde las primeras páginas se despejan nuestras dudas: enseña sus cartas boca arriba para que juguemos con él la partida sin desconfianza, para que el lector sepa de antemano sus intenciones, que no son otras que contar la historia reciente de España, desde la transición hasta su propia jubilación, tomando sus trabajos y afanes, lo mejor de su vida, como hilo conductor. Como periodista que estuvo en la primera fila de las trincheras mediáticas, su relato discurre por la vida política, económica y social de cuarenta años de este país al que la izquierda ya se atreve a llamar España.

JAMS es un testigo privilegiado de esos cuarenta años que llevaron a España en volandas desde el sumidero en que la había dejado el franquismo y su régimen criminal a un puesto relevante en el llamado Primer Mundo, moderno, aseado y libre. No sé muy bien si JAMS remueve su memoria para contar esa parte de la Historia, o es esa Historia la que se encarga de explicar la existencia de este almeriense que salió un día de su pueblo para escapar de la pobreza, con una mano delante y otra detrás, y la cabeza llena de pájaros.

Y digo esto porque, según fui editando la historia de sus afanes, una vez reunidos de forma compacta en unos cientos de páginas, a ambos nos dio por pensar en qué porcentaje el «libre albedrío», nuestro esfuerzo y valor personal, y el azar o la suerte, influyen en las decisiones trascendentales de nuestras vidas. Qué parte de nuestras vidas es decisión propia, y qué parte pura suerte. Indagando metódicamente en nuestro pasado podemos llegar a conocer el *efecto mariposa* que desencadenó el resto de nuestra existencia: por qué somos lo que somos hoy gracias a un lejano suceso, un encuentro o amistad clave, o una ayuda fortuita que marcaron por siempre nuestro rumbo, y que por entonces apenas se nos antojaron trascendentales.

Reunida toda una vida, o lo más jugoso de ella, en un puñado de líneas de buenas memorias, resulta tentador llegar a la conclusión de que el azar ha modelado la parte más jugosa de lo que somos. Solo hay que asomarse a los telediarios para calcular el valor del factor suerte en el devenir de nuestra existencia. Si naces en el lado equivocado, y además has tomado la decisión de embarcarte en la patera que hace aguas, tu destino está ya escrito en el fondo del mar, sin concederle la menor opción al libre albedrío.

El azar... Presume JAMS de ser el resultado de un cóctel de ADN de los judíos, moros y cristianos que mezclaron sus sangres al azar, en esa lotería de genes que somos los españoles. Y confiesa haber heredado de los árabes una de las disciplinas más útiles para la supervivencia y el triunfo personal: el arte del disimulo, *Al taqiyya*. A punto estuvo de titular así estas memorias, quizá como un homenaje a su madre, quien inculcó a su hijo —no siempre con éxito— la muy provechosa virtud del disimulo, de la diplomacia, del enmascaramiento, de la ocultación oportuna..., que no de la mentira. Como repetía ella para intentar modelar la peligrosa tendencia del ego de su hijo a la fogosidad y la inflamación: «Hijo mío, no te signifiques».

Lo cierto es que la historia que le tocó vivir resultó ser incompatible con promesas tan heroicas. Reconoce que no siempre las cumplió, aunque sus memorias acabaron siendo todo un canto al arte del

disimulo, al disimulo como herramienta para adular a sus víctimas y hacerse con su voluntad. Porque más daño hace la adulación que la franqueza, pues es un dardo invisible que esclaviza y corrompe el ego desprevenido de los destinatarios.

Las páginas de la vida de JAMS, su disculpa para revelarnos aspectos de la transición nunca contados hasta ahora, van de éxito en éxito, y de fracaso en fracaso, como suele ocurrir a los jugadores que arriesgan demasiado en las apuestas. Es un buen ejemplo de cómo la suerte, de un humor cambiante, decide por su cuenta, mientras nosotros andamos distraídos haciendo otros planes. Como dice él, fue como santa Teresa, de fundación en fundación de periódicos, revistas y programas de televisión. Algunos proyectos, como cierto tipo de libélulas, murieron nada más nacer, víctimas de la censura del régimen que todavía daba sus coletazos agónicos. Otros, en cambio, han superado la vida laboral de su creador y siguen vivos, en otras manos, al servicio de los lectores.

Un mal día, la mala suerte vino a su encuentro. Era un martes, 2 de marzo de 1976, tres meses después de la muerte de Franco, cuando fuerzas franquistas de inteligencia (por más que inteligencia franquista parezca un oxímoron) le secuestraron y torturaron a punta de metralleta, rematándolo con un fusilamiento simulado, y lo abandonaron en la sierra de Guadarrama, sangrando, con la cara quemada y varios huesos rotos. Había pensado que, muerto el dictador, ya era posible escribir «como si fuésemos libres», en aquellos años turbulentos de rumor de ruido de sables, de soflamas fascistas que parecían confirmar que Franco, en verdad, había dejado atado y bien atado con nudo indeleble el tinglado de la farsa de su régimen.

Y el miedo habitó en él desde entonces, y fue su huésped okupa durante muchos años. Una mezcla de miedo y prudencia —él se pregunta a menudo cuál es la diferencia— pasó a aconsejarle, de manera obsesiva, cautela en la denuncia, y una búsqueda puntillosa de segundas y terceras versiones, que son las que hacen grande y verosímil el periodismo de investigación. Ya consolidada la democracia, aplacados los cuarteles y disueltos en el ridículo los restos del fascismo franquista, JAMS tuvo ocasión de conocer los nombres de sus torturadores. Pero renunció a recoger la lista que para cualquiera de nosotros hubiese sido el bálsamo de un sentimiento de venganza alimentado durante años.

¿Miedo o prudencia? ¿Cómo un periodista de su *raza* es capaz de dejar escapar una de las informaciones más valiosas de su vida? Él me dice que quizá solo sea el miedo a tener una información que

ya no le es útil, que ocuparía demasiado espacio en su mente, inservible ya para una venganza a la que ha renunciado hace ya muchos años. Como recuerda en su libro, aconsejado por un sabio amigo suyo, había decidido convertir el odio en técnica. Porque es un sentimiento incapacitante: «El odio incontrolado y el deseo insatisfecho de venganza te impiden ser eficaz».

De JAMS recibí el encargo de presentaros sus memorias porque, unidos por una sólida amistad temprana, desde la fundación de *Cambio 16*, hace ya cincuenta años, nuestras vidas han recorrido caminos paralelos, hemos reído y llorado juntos, y hemos compartido los mismos sueños y esperanzas.

Yo sé que me ha hecho tal encargo por ver si de nuevo la suerte le es favorable y hablo bien de él. Él sabe que yo sé. Soy un buen alumno suyo en el arte de la *Al taqiyya*, aunque carezco de su destreza insuperable para la seducción.

Además, descubierto al fin, confieso que soy una de sus víctimas.

No perdáis, pues, el tiempo con preámbulos de los aduladores como yo. Cuando terminéis de devorar el libro de JAMS, víctimas vosotros también, volveréis a dar gracias a los cielos por haber salido indemnes y en paz de aquella noche terrible de la España gobernada por la sinrazón y la clerigalla. Una historia ágilmente contada por un periodista de talento, notario de uno de los períodos más complejos de nuestra historia reciente.

A vuestra salud.

Manuel SACO CID
Periodista